

Antonio Luque no necesita presentación en esta revista, tras casi veinte años dedicado a deleitarnos el oído disco tras disco hasta sumar doce; y con el último recién salido del horno, “Más samba” (Mushroom Pillow, 12), da el salto a la novela. Tras “Socorrismo” (Alpha Decay), un minitomo que recogía dos relatos veloces, ahora publica “Exitus” (El Aleph), donde se dan cita sus habituales verborrea e ironía. No está de paso en esto de la literatura; quedan avisados, ya está escribiendo su segunda novela.

## Antonio Luque

### ESCRIBA CUANTO ANTES

Texto **Álex Gil**  
Foto **Luis Díaz Díaz**

Cuento hasta cinco túneles en esta entrevista. Antonio viaja de Málaga a Madrid en AVE. Tiene tres días seguidos de bolos para presentar su nuevo disco. Sale al pasillo. Nos oímos alto y claro. Hasta que llegue el primer túnel, y los siguientes. Quien conozca el universo del músico sevillano se podrá hacer una idea de por dónde van los tiros en esta novela. Pepito es un chaval que se ve obligado a crecer a marchas forzadas. Costumbrismo de barrio obrero, protagonistas del montón, familias desestructuradas, sexo, amor, drogas, delirios varios. Y errores. Muchos errores. Cuando presentó “Socorrismo” me dijo que había escrito los relatos del tirón; le pregunto si ha hecho lo mismo con estas 500 páginas. “La primera fase sí que fue a borbotones, pero no es lo mismo dedicar dos noches a escribir dos cuentos que una novela. Estuve ocho o nueve meses, y luego la he releído y he quitado, he cambiado y he puesto”. ¿Por qué se pone a escribir Antonio Luque? “No recuerdo muy bien cómo fue, creo que

la primera vez que publiqué textos largos fue en un fotolog. Luego vino el blog de la FNAC. Y la mecha definitiva fue tras un concierto, en una charla con Ana S. Pareja (Alpha Decay), los editores de Alfabeta y Agustín Fernández Mallo, que me animaron a escribir. Y entonces ya me picaron”. ¿De dónde sale la historia de Pepito? “Supongo que es lo que los literatos llaman una transustanciación. Yo tuve un Casiotone como el vecino de abajo y problemas para dedicarme a la música. También me he burlado muchas veces de la crítica y de los concursos, supongo que todo eso, transformado, lo he convertido en ficción, caricaturizado”. Preguntado por los posibles referentes, me dice que quería hacerlo como los mejores. “Pero sobre todo quería que se entendiera bien. El primero que la leyó me dijo que era hiperrealista y preciso, yo creo que también tiene ese punto neurótico que es el que seguramente me hace artista. Pero vamos, si es difícil mantener una postura impostada con la música, en la literatura

es mucho más complicado. Al final te sale lo que te sale”. ¿Volverá a sentarse a escribir? “No sé cuántas novelas más escribiré, dependerá de si yo veo que merece la pena encerrarse. Lo del grupo mola más, porque de repente te viene la inspiración y si la canción es buena te sale en 10 minutos. Luego quedas con los colegas, haces conciertos... es más divertido. Creo que la relación entre esfuerzo y premio no va a ser tan satisfactoria como en la música”. El tren entra en otro túnel. Antes de que se cortara la comunicación le preguntaba por la crítica social (y cultural) que contiene “Exitus”. “Era en plan ‘por si acaso no escribo más, voy a repartir aquí para todo el mundo’. Esto lo escribí en 2009, ahora hay mucha más desgana y mala leche. Yo tenía que poner eso en el libro de algún modo”. ¿Qué esperas de la novela? “Me conformaré con que la lean y que la gente se sienta tocada en su orgullo, en plan: vamos a hacer las cosas bien, eso molaría. Y llamar la atención sobre los vicios, somos un país de viciosos”.

## Milo J. Krmpotic, interior gótico

Quieren los hados que mi conversación con Milo J. Krmpotic acerca de su intrépida última novela, “Historia de una gárgola” (Seix Barral) sea precisamente ante una iglesia parroquial. Hay alguien tocando un enorme piano en la plaza, los niños juegan alborotados y, con todo, acierto a oír el batir de unas alas pétreas sobre nuestras cabezas cuando Milo abunda en cómo buscó la mejor manera de tratar diferentes épocas de la historia a través de los ojos de una criatura de fantasía. “El aspecto histórico es importante, porque pensé que una gárgola, como criatura eterna, no podía llevar una narración lineal. Un ser inmortal cuenta su vida a través de saltos diacrónicos, con visitas a diferentes eventos históricos. Balial no logra recordar qué fue antes o después, y es el tiempo de los hombres el que

le permite poner en contexto sus recuerdos. El primer capítulo es, el que más claro tuve siempre: el relámpago, el regreso a la vida, y la narración en primera persona de Balial apelando al lector, para meterle en la historia. Siendo un anti-héroe tan feo, escamoso, verde y maloliente, si yo quería que el lector se interesara por él, tenía que ser el mismo Balial quien agarrara al lector por el pescuezo y lo trajera. Era un riesgo que había que correr”. Consultar sobre referentes a quien escribe la narración en primera persona de una gárgola podría parecer absurdo. Pues no. “Me fascinan las gárgolas y la arquitectura gótica, pero un referente clarísimo es Batman. La figura de su perfil sobre una cornisa de Gotham, bajo la tormenta. Batman hace el bien bajo unos parámetros torcidos, de venganza, mientras que la gárgola es una criatura diabólica que curiosamente en las catedrales sirve para ahuyentar a otras criaturas diabólicas”. Balial es un ser ambiguo incluso a nivel

sexual, está a medio camino entre multitud de significados. Es un ser horrible, pero no tanto. Le gusta asustar, pero no tanto. Luego le seducen con el bien, pero tampoco se decide. Todo eso con un Apocalipsis en ciernes. “El contexto de la novela iba a ser una lucha dicotómica bien-mal; pero esa lucha es muy ingenua, la tenemos muy vista. Una forma de darle la vuelta es que el héroe fuera un anti-héroe. Pero también ha habido anti-heroes. De hecho, aunque Balial se pretenda diabólico y criatura del averno, es tremendamente humano: es mezquino, disfruta con el vicio, pero se enamora y es capaz de sentir lealtad. No quería que los personajes fueran evidentes, un personaje caballeroso contra otro completamente negro. A partir de ahí, era cuestión de forzar la ambigüedad, dar lectura posmoderna a temas como la Leyenda de Sant Jordi, ¿qué caballero ni qué leches? El caballero es gay, y es la princesa la que acaba derrotando al dragón”. Albert Fernández

